

# antiguas alumnas

## Alicia de Larrocha una intérprete genial de Granados

1967 fue el año de Granados. De su recuerdo. En julio se cumplió el centenario de su nacimiento, y en marzo, los cincuenta años de su muerte. Granados murió durante la guerra del 14, cuando regresaba a España de su viaje a Nueva York, en pleno mar.

El Sussex, buque en el que cruzaba el Canal de la Mancha fue torpedeado por los alemanes. Allí murió el autor de «Goyescas», y allí se truncó definitivamente su obra. Y sólo estaba empezada. Lo había comentado, después del estreno en Nueva York, el propio Granados: «Es verdad que mis cabellos están canosos, pero se puede decir que es ahora cuando empiezo mi obra. Estoy empezando. Soy un español, y ningún español empezó nunca antes.»

La voz de Granados, su música, no enmudeció en 1916. Le ha sobrevivido como sobreviven las obras de arte a sus autores. Pero con calor y aliento, con todo el fuego que puede poner un discípulo inteligente al reproducir la enseñanza del maestro.

En diciembre de 1967 Alicia de Larrocha resucitó a Granados en el Carnegie Hall de Nueva York. Interpretó «Goyescas», la obra que había estrenado allí el maestro hacía cincuenta años. Eran las mismas notas,





## Granados vuelve a ser el gran maestro cada vez que Alicia de Larrocha interpreta su inmortal «Goyescas».

y quizá también un sentimiento y una emoción semejantes. La crítica afirmó que la versión completa de «Goyescas», interpretada por la pianista española, difícilmente podía ser superada.

Alicia de Larrocha no fue discípula de Granados. No pudo serlo, porque no había nacido todavía cuando él murió. Pero sí que lo fueron su madre y su tía. De ellas recibió la influencia, y también, de su profesor Frank Marshall, el amigo y mejor discípulo de Granados.

Cuando Alicia regresó de Nueva York, fuimos a verla a la Academia Marshall, que ella dirige. Una prolongación de la que fundó Enrique Granados. Parece que la Historia se ha detenido al final del siglo XIX en aquellas salas de la Academia. Un piano de cola enorme, un arpa, pinturas innumerables y un sabor decimonónico inconfundible. En contraste, el dinamismo desbordante — tan actual — de Alicia de Larrocha. Es una mujer inteligente y joven de espíritu. Artista para la música, casi desde que nació.

— A los dos años, mi mayor afición era tocar el piano, pero me lo cerraban. Quizá por esta oposición creció más mi interés hasta el punto de coger verdaderas rabietas cuando no podía tocar. En uno de estos enfados me di un golpe en la cabeza y sangré. Entonces conquisté a mis padres y el piano se abrió para mí.

— ¿Podría decirse que fue usted una niña prodigio?

— Fui una niña con una disposición especial hacia la música, heredada de mis padres. La influencia de ellos, de mi tía y de mi maestro, el profesor Marshall, hicieron lo demás. Gracias a ellos no me quedé en niña prodigio. Me permitieron realizar una carrera progresivamente desarrollada, sin exigirme en cada etapa más de lo que podía dar. Precisamente el estancamiento de los niños prodigio es el resultado de un esfuerzo superior a sus años, y de un agotamiento, como consecuencia de ello.

— ¿La historia de su niñez se ha repetido en sus hijos?

— Mis hijos poseen también una disposición innata para la música. El juguete del niño, cuando tenía ocho meses, era el piano. La niña, al año y medio, trasportaba, y a los dos y tres años improvisaba historias: «ahora viene el lobo» y tocaba unas notas, «y ahora la abuelita...» y más notas. Todas en perfecto acuerdo con el tema. Pero no tienen la misma suerte que tuve yo, porque sus padres están muy ocupados y no pueden dedicarse plenamente a ellos.

— ¿Cuál fue su primera actuación en público?

— En 1929 en el Palacio de las Misiones, cuando la Exposición de Barcelona. El público lo formaban los niños de los colegios y, precisamente entre ellos, estaba el que es hoy mi esposo.

— ¿Y su primera salida al extranjero?

— En la temporada de 1946-47. Actué en Suiza.

Desde entonces se puede decir que Alicia de Larrocha ha recorrido el mundo. Oceanía es el único continente que no ha visitado, si se exceptúan las islas Hawai. De Europa conoce casi todas las naciones.

— Menos Rusia. Y tengo verdadera ilusión por ir a aquel país, músico por naturaleza, como Israel. En ellos el pueblo, el campesino, el hombre inculto son capaces de comprender y sentir la música como pocos. Austria y Alemania también la sienten, aunque es más bien como resultado de una preparación cultural.

— ¿Y España? ¿Cómo ve la música en España?

— Bien. Desde hace unos seis o siete años poseemos un conjunto de magníficos intérpretes. Y por otra parte, el movimiento de «Juventudes Musicales» está realizando una gran labor con los niños.

Alicia de Larrocha nos cuenta su reciente jira por los Estados Unidos, la tercera que ha realizado.

— La música española que, en general, tiene gran aceptación en todo el mundo, la ha tenido especialmente en los Estados Unidos. El pueblo prefiere a Falla. Lo consideran el español más típico, por aquello de que, para muchos, Andalucía es la esencia de España. También gusta Albéniz, más romántico e impre-

sionista. Granados tiene mayor aceptación entre las personas cultas.

— ¿Momentos difíciles a lo largo de su carrera?

— Saber mantenerme ecuánime ante la diferente reacción del público. Hay que llegar a equilibrar y a aquilatar, para no animarse excesivamente por los grandes aplausos ni deprimirse por una acogida fría.

— ¿Algo que no le guste?

— Actuar ante la televisión y grabar discos. Sobre todo esto último. Es la perfección técnica lo que se busca, y entonces no hay «música». La música es inspiración, arte, vida. Los discos valen como información, pero no como interpretación musical.

Alicia nos habla luego de sus próximas actuaciones en Holanda, Alemania, Suiza, Canadá, Estados Unidos.

Los empresarios — había dicho antes — y las sociedades que organizan los conciertos tienen en cuenta lo que afirman las críticas para realizar los contratos. Pensamos lo positivas que deben de ser las suyas cuando está tan solicitada.

Ana Luisa F.

Birgit y Silke, hijas de Bertolt Brecht y Bertolt Braun, de Huelva.